



UNIVERSIDAD Y ESPECIALIZACION

ABDEL M. FUENMAYOR P.

Conferencia dictada en la Facultad de Humanidades y Educación
(curso de Capacitación Pedagógica), el 28 de marzo de 1968.

I. - Bosquejo histórico:

Una somera indagatoria sobre el acontecer humano basta para poner de manifiesto la influencia que la especialización —entendida en su acepción más amplia— ha tenido sobre el desarrollo y progreso de las civilizaciones.

Durante el nomadismo pre-histórico pareciera como si el hombre hubiese ido incubando muy lentamente las facultades que determinarían su ser histórico, para que éste irrumpiera, después de largos milenios de silenciosa acumulación, con un ímpetu creciente que en las épocas actuales se ha convertido en un acelerado vértigo que conmueve y estremece las complicadas estructuras sociales contemporáneas.

No se precisa de muy honda meditación para captar de inmediato cómo la especialización ha jugado un papel muy decisivo, en su doble perspectiva de causa y efecto, en el curso de la historia humana. El tras-humante hombre paleolítico posiblemente era socialmente indiferenciado. El oficio de cada individuo de los que componían el clan era similar: cazaban o pescaban todos por igual; acaso el peso biológico de la

función de la maternidad imponía en la mujer alguna pequeña distinción escasamente ostensible y sin mayor influencia sobre la actividad total del grupo. Aun en el artista que dejó sus huellas en las cuevas de Altamira, Levanzo y Alacón y en las rocas grabadas del Sahara, no debió privar un propósito como lo entendemos en el arte posterior, sino más bien un acto de magia movido por fines utilitarios para la consecución de la presa que debía servir de alimento. Sin embargo, la finura y laboriosidad de las reproducciones hace sospechar cierta dedicación especial a estas tareas y, tal vez, fuera este uno de los primeros atisbos de la especialización. No mucho más tarde surgirá el curandero, el piache, librado en gran medida de los oficios rudos que imponía la búsqueda del sustento para concretar su arte a la curación de enfermedades y al exorcismo de las fuerzas mágicas malignas. El pintor rupestre y el curandero han sido, con mucha probabilidad, los primeros especialistas en la agrupación humana.

Adviene luego el cambio del nomadismo a la vida sedentaria, no de una sola vez sino por etapas progresivas, y con este cambio los sistemas de producción y las relaciones entre los hombres y su actividad material sufren transformaciones profundas, tal vez sólo comparables a las que trajo la llamada revolución industrial ocurrida en los últimos siglos. Con el comienzo de la agricultura surgen las primeras clases sociales y también el primer fenómeno de excedente alimenticio que permite el ocio de algunos individuos de la agrupación, ocio creador donde a la par que se detenta el poder que sojuzga y oprime, se gesta, por contrapartida, la ciencia embrionaria y el arte. Serán estos los hombres que integrarán en las brillantes civilizaciones levantadas sobre las fértiles llanuras de aluvión regadas por los grandes ríos del Asia y del Norte del Africa, la clase de los sacerdotes que dominó en los grandes imperios teocráticos de la Antigüedad.

La primera revolución urbana del neolítico trae, junto con la diferenciación social y el nuevo sistema agrícola de producción, el desarrollo inicial del comercio, la producción artesanal doméstica y el comienzo de la burocracia administrativa. Los individuos que actuarán estas formas sociales más complicadas habrán de ser especialistas (en cualquier grado) dentro de su oficio, y cabe señalar que la mujer ha debido desempeñar en esta etapa intermedia entre el nomadismo y la vida agrícola, un papel importante que pudo ser la causa de los ensayos de sistemas matriarcales que se dieron con frecuencia para esas épocas. En efecto, el cambio de la vida de cazadores y recolectores a la vida sedentaria fue, verosíblemente, gradual; la tarea agrícola quedó principalmente en manos de la mujer (recuérdese los mitos de la fertilidad donde la mujer desempeña función significativa) y también la artesanía doméstica primitiva debió ser ocupación femenina preponderantemente. De cualquier manera que hayan ocurrido los hechos, por doquiera se observa una distinción fundamental en los oficios, que se distribuyen según la jerarquía de los individuos: agricultores, comerciantes, administradores, guerreros, sacerdotes, son, con ligeras variantes, los especialistas, agrupados en clases, de los finales del neolítico y del comienzo

de la Edad Antigua. Egipto, Mesopotamia, Fenicia, Israel, India, van a ser las grandes culturas que se desarrollan complicando más o menos la textura de sus sociedades con el correr de los tiempos; amasando observaciones que servirán para construir los principios de la primera ciencia empírica: astronomía, medicina, física, y asentando los rudimentos de las matemáticas derivadas de la misma experiencia y de su aplicación al dominio de la naturaleza.

Será preciso llegar hasta Grecia para asistir a la más pura expresión del pensamiento teórico, a la investigación de la verdad sin interpretaciones mágicas, a la reflexión del hombre sobre el mundo y sobre sí mismo y a la postura de las bases sobre las que descansa el sistema de concepción del hombre moderno. Pese a todo su esplendor y a la extraordinaria importancia de la cultura helénica, no fue durante su época donde florecieron de manera palmaria las nuevas especializaciones de la Antigüedad; más bien aparecen más tarde, hacia los siglos IV y III a.e., durante la helenización del Asia Menor derivada de las conquistas de Alejandro. El contacto con Oriente despertó un febril intercambio comercial y cultural y una necesidad de investigación sobre la naturaleza — que sirviera a los fines de la producción incrementada — auspiciada por las nuevas clases en ascenso de comerciantes enriquecidos que tomaban el poder. Surgen así verdaderos centros de estudio protegidos por los gobernantes poderosos que acogen a geógrafos, astrónomos, matemáticos, médicos y filósofos, y los tiranos de las polis se complacen en tenerlos en sus cortes, gozar de su compañía y aún en dedicarse ellos mismos a las tareas de la investigación y el conocimiento. De este modo, al lado de los tradicionales especialistas utilitarios van apareciendo los que laboran por la investigación pura de la verdad o la creación artística.

Roma forja un imperio, el más extenso que conoció la Antigüedad; el sueño de Alejandro había sido superado: desde las Columnas de Hércules hasta el Eufrates y desde el Mar del Norte a las costas del Norte del Africa las huestes imperiales someten pueblos y los civilizan y hasta terminan por hacerlos ciudadanos romanos. La “pax romana” protege todo un mundo, el idioma se hace uno, se funden culturas, se incrementa el comercio, se disfruta de una seguridad hasta entonces desconocida; con menos de 300.000 hombres sobre las armas Roma logra durante varios siglos lo que Europa no ha sabido después alcanzar con fuerzas muchas veces mayores. Redes de caminos, acueductos, construcciones de salubridad, pueblos y ciudades, emergen por doquiera en profusión asombrosa. La mano augusta del Emperador vela protectora sobre las provincias imperiales y fiscaliza las senatoriales. Pero con todo su esplendor no fue capaz la civilización romana de abolir la esclavitud y en los pueblos sometidos se adormeció el sentido de la nacionalidad y de la libertad. Sus luchas, cuando las hubo, se orientaron a conseguir los mismos derechos de los ciudadanos romanos, no su independencia y su realización propia. Toda esta situación no podía ser menos que favorecedora a la multiplicación de los oficios

y ocupaciones, de la especialización de los individuos que componían la heterogénea sociedad de pueblos que había fundido el Imperio Romano.

Roma, con su talento administrativo sistematiza la enseñanza en escuelas sostenidas por el poder imperial, se interesa por la Historia y la Jurisprudencia y agrega estas nuevas ramas al saber especializado. Retóricos, gramáticos, filósofos, arquitectos, escultores, pintores y artesanos pululan en las muchas ciudades del Imperio y dan muestra del nivel general alcanzado.

Pero cae el Imperio Romano de Occidente y con él se derrumba en buena parte la civilización greco-romana. La Edad Media comienza penosamente con una lenta barbarización de Roma, y también con la romanización de los bárbaros, tarea que se realiza principalmente por el influjo de la Iglesia, única institución que pervive con el sistema organizado de administración que había imitado del poder civil romano. Los ensayos de los Reyes-Mayordomos en Francia y de sus ilustres sucesores, en particular Carlomagno, de forjar un nuevo imperio de Europa Occidental en estrecha solidaridad con la Iglesia, fueron de duración relativamente corta; el sistema vigente de los bárbaros francos de dividir el reino entre los sucesores no era compatible con un imperio sólido y duradero. Además, sólo en apariencia la administración era efectiva: las vías de comunicación se habían perdido, se interrumpió el comercio activo del Mediterráneo por la expansión de los árabes, la vida urbana fue desapareciendo y el poder real debilitándose. Casi como producto necesario sobreviene el feudalismo con sus consecuencias sociales y económicas, su sistema de autosuficiencia rural, la desaparición de la moneda y el retroceso del conocimiento científico y de la investigación. La Iglesia impone su cosmovisión teológica y es el instrumento de la unidad europea por varios siglos. En este clima la especialización que crecía durante la civilización greco-romana regresa a un nuevo estado de indiferenciación. Señores y vasallos, hombres de estado o de sotana de un lado y siervos de la gleba del otro, eran, por igual, ajenos a los intereses de la cultura o del conocimiento. Las preocupaciones dominantes residían en la guerra y en la vida del más allá, que se emparentaron íntimamente cuando se cambió el adoctrinamiento pacífico de los monjes por la guerra santa de los cruzados. Apenas el juglar y el peregrino en la vida laica y los monjes en los conventos, cada uno a su modo, mantenían en rescoldo el fuego que habría de propagarse más tarde en condiciones más propicias.

Hacia los siglos XII y XIII el estado de cosas comienza a sufrir importantes modificaciones: aparecen los comerciantes y comienza un resurgimiento de la urbanización en las villas; se fundan las primeras repúblicas con el ascenso de una clase media pujante, especialmente en el Sur de Italia y en el Norte de Europa. La aparición de los gremios, con su función de protección, educación y también de monopolio es expresión de la artesanía medieval ya constituida.

La reapertura del comercio con Oriente, en gran parte producto de las Cruzadas, es un estímulo económico y también cultural de primera

importancia. En el siglo XIV y más aún para el siglo XV, se organizan verdaderos centros urbanos de vida muy activa donde ya se inicia una producción en escala, particularmente los telares de Flandes, y que dan ocupación a un número crecido de obreros, cuya manufactura en parte todavía doméstica. Este movimiento implica un progresivo deterioro del sistema feudal, cuando menos en aquellos países en los que se manifiesta de modo más aparente, tal como ocurrió en Italia, Francia y en Flandes. La antigua economía agraria deja de ser un negocio, se vuelve improductiva y en factor de empobrecimiento de los señores feudales. Muchos de ellos venden o arriendan sus tierras comprendiendo que este procedimiento les resulta más útil.

Pero en la medida que se produce el enriquecimiento de las clases medias en ascenso, aparece también aquí el ocio que propicia la actividad cultural y artística o su patrocinamiento. Los burgueses enriquecidos se convierten en mecenas, se instruyen, se aficianan a las artes y a la discusión sobre temas trascendentes. Un nuevo espíritu sacude el mundo occidental que desemboca pleno y fogoso en la época llamada Renacimiento.

La antigua cosmovisión teológica imperante durante la Alta Edad Media es sustituida por un naturalismo agresivo. El Renacimiento no fue un período irreligioso o antirreligioso, sino agitado por una concepción diferente acerca del hombre y la naturaleza. Se despierta un interés inusitado por la observación fiel de ésta, por los placeres terrenos y por el hombre como fin en sí mismo. En este ambiente cultural y económico-social la especialización sufre de nuevo un impulso: artistas, comerciantes, manufactureros, obreros, hombres de letras y de ciencias, políticos, dignidades eclesiásticas, reparten las actividades de los hombres de esta época en cuantía desconocida en los primeros siglos de la Edad Media. Las Universidades, cuyas primeras fundaciones datan de siglos anteriores, se multiplican y dan cabida a estudiosos de toda Europa que se dedican a la Medicina, la Jurisprudencia, la Teología y a la traducción de los clásicos latinos y griegos.

Desde entonces el proceso nos es más familiar y basta apenas mencionarlo en un ensayo como éste. La Edad Moderna ve suceder más rápidamente los cambios sociales, culturales, económicos y políticos: la marcha hacia el absolutismo y el aumento del poder real, los movimientos religiosos de la Reforma que tan cumplidamente sirvieron a los fines de la concentración del poder político y a la libertad de comercio y usura que requirió el comienzo del capitalismo moderno; la Contra-Reforma que reorganiza la Iglesia minada antes por la corrupción y la intromisión — insostenible ya para esa época — en el poder civil; el ensanchamiento geográfico con la serie de descubrimientos de otros mundos, que tantas consecuencias tendrían, tienen y tendrán en el curso de la historia; la constitución de los Estados modernos y de las nacionalidades; el ascenso definitivo de la burguesía a la preponderancia económica primero y después al poder político; las grandes transformaciones que apareja la industrialización y la aparición del proletariado urbano; los notables descubrimientos científicos y sus aplicaciones prácticas que

modifican de manera radical el panorama de la producción económica y hace posible la revolución industrial; la aparición del socialismo como doctrina y como ensayo político y económico-social, son, por no citar sino los que más descuellan, los hitos formidables de estas transformaciones.

Nuestra Edad Contemporánea continúa con un ritmo más veloz y novedoso este palpitar del acontecer del mundo. Sería excesivamente ambicioso pretender en estas breves líneas tan siquiera trazar un esquema simplificado del intrincamiento de factores y características de nuestra época y, por lo demás, estaría fuera de nuestra capacidad y propósito. Sólo vale mencionar que la especialización se hace día a día más aguda, más prolífica, como un árbol que no se cansa de dar nuevas ramas, cada una con mayor fuerza de multiplicación. Nuestras sociedades están constituidas por un enjambre de especialistas, de todo orden, género y especie, y cuanto más avanzadas o desarrolladas — para usar el término convencional — se encuentren las agrupaciones humanas, la especialización es más compleja y constituye un índice de esta cualidad. Piénsese lo que significa una gran urbe moderna: el número de personas cuyo oficio u ocupación es distinto, es casi incontable.

II. - Los motores de la especialización:

Pretender atribuir a cualquier suceso de la historia o a producto de la actividad humana una causa clara y un orden riguroso de legalidad científica es caer en un rígido determinismo, tal vez fácil para la esquematización dogmática, pero también ajeno al real acontecer. Pero, en el otro extremo, presumir que los hechos históricos resultan de un completo azar inaprensible por el conocimiento racional es renunciar de antemano a todo intento de comprensión. Una posición intermedia nos parece más aceptable: la historia sigue un curso general cuyo amplio cauce es el resultado de factores complejos, interactuantes y de factible estudio o entendimiento, aunque no siempre previsibles en su exacto suceder.

La especialización es, como antes se expresó, causa y efecto a la vez dentro de la complicada maquinaria que mueve las sociedades. Su auge aparece siempre ligado a economías de cierto grado de desarrollo, en sociedades de tipo urbano, de comercio intenso, preocupadas por el conocimiento y la investigación de la naturaleza y del hombre. Así ocurrió durante el paso del nomadismo a la vida sedentaria en los albores de la historia; más tarde los movimientos que condujeron a la urbanización progresiva, la intensificación del comercio, la acumulación de capitales y el nacimiento de la industrialización, así como la evolución de las ciencias y el desarrollo de la técnica, se ven en íntima conexión con el incremento de la especialización. Esta, por su parte, ha parecido servir a tales procesos, que — es bien sabido — tipifican nuestras sociedades actuales. Ocupa el pináculo en las de carácter más desarrollado en tanto que el índice y cuantía de la especialización son bajos en los países o sociedades poco desarrollados. Constituye en las primeras casi un exponente del sentido pragmatista o utilitario de la

existencia que ha convertido en valor fundamental la producción y la eficacia.

La especialización va tan unida al extraordinario avance de las ciencias en los últimos siglos como al paralelo desarrollo de la técnica. Ciencia, técnica y especialización forman hoy una trilogía prácticamente inseparable.

Cabe aquí indicar lo que por otra parte parece obvio a casi todos los espíritus: que una premisa necesaria para que los países atrasados puedan lograr altos niveles de desarrollo económico y social es la de poseer muchos y numerosos especialistas que puedan estudiar su realidad, planear las transformaciones necesarias y llevar a término los medios que conducen a los objetivos propuestos. Resulta así que la especialización viene a ser como piedra de toque para el desarrollo y que éste, a su vez, estimula a la especialización.

III. - Especialización, ciencia y técnica:

El hombre, como cosa entre las cosas, está sometido a las leyes que gobiernan la naturaleza y se confunde con ella. Como individuo o especie zoológica entra dentro del orden de la legalidad natural. Pero éste —si bien es el supuesto o la base necesaria— no es su verdadero ser. La esencia del hombre presenta la paradoja metafísica de que su verdadero ser está en el “devenir”. El hombre, simplemente, no es: se está haciendo permanentemente, es un ser inconcluso, en proyección constante, que no está en el mundo como las cosas, sino que también se enfrenta a ellas y tiene conciencia de ese confrontamiento.

Como animal o cosa encuentra en el contorno los elementos indispensables para su subsistir: el alimento y el cobijo; pero no se contenta con los medios que tiene naturalmente a su alcance sino que inventa, descubre cómo modificarlos para su provecho o para su recreo, y se esfuerza para dominar estos medios, condicionarlos para su placer o bienestar. Crea los instrumentos que le permitan someter a su antojo a las fuerzas de la naturaleza, al ambiente que lo circunda. Esta creación, esta inventiva, este ocuparse y preocuparse en ahorrar esfuerzos y hacer más fácil y placentera la existencia, constituye la técnica.

La técnica es tan vieja como el existir mismo del hombre. Desde que fabricó el primer arco, la primera flecha, el primer cuchillo de piedra o inventó el modo de producir el fuego, el hombre emplea la técnica, pero con el transeurrir del tiempo los inventos primitivos fueron complicándose, requiriendo más elaboración y mayor dedicación, diversificándose y provocando cada nueva invención necesidades también nuevas. Ciencia y técnica —a qué dudarlo— han contribuido de manera poderosa al auge creciente de la especialización y una vez alcanzada ésta en determinados niveles, se convierte a su vez en factor creativo de nuevas o distintas técnicas y de mayores avances científicos.

Pero, pese a que la técnica es tan antigua como el hombre, su expresión moderna no se perfila hasta los albores del siglo XVII y se emparenta

el fenómeno con factores de orden económico, social y político que someramente se han mencionado antes. A partir de entonces el proceso entra en una acelerada marcha hasta alcanzar la complejidad y diversidad que ostenta en el mundo de hoy, época de los cohetes teledirigidos, de la utilización con fines bélicos o pacíficos de la energía atómica, de los trasplantes de órganos, de los radiotelescopios, la televisión, los computadores electrónicos y de la producción de formas rudimentarias de vida en el laboratorio. Esta técnica refinada, poderosa, eficiente, está en estrecho vínculo con una ciencia que la alienta y la produce, ciencia que a la par es servida por la técnica. Ambas suponen de parte de los hombres que las manejan, las crean, las modifican o las aplican, niveles muy agudos de especialización en campos también muy diferentes.

Por otra parte, siendo el instrumento el producto inmediato y casi necesario de la técnica, la instrumentación domina y caracteriza la vida del hombre actual, en un grado tanto mayor cuanto más cercano se encuentre a los patrones de lo que se denomina civilización occidental o cultura del hombre blanco, patrones hacia los que tiende de modo ansioso el hombre de otras culturas que perviven aún a modo de vestigios, restos o mestizajes desafortunados que no consiguieron realizarse. Ha venido así el hombre a crear un mundo o contorno no natural, fabricado por él y que interpone entre su ser y el del mundo que enfrenta, toda una artificialidad de la que se ha hecho dependiente.

Véase así como la técnica, y en buena medida la ciencia, inventos del hombre para facilitar el dominio sobre la naturaleza e independizarlo de sus fuerzas ciegas y poderosas, lo han convertido en un ser dependiente de sus propias creaciones, sujeto a lo que él mismo ha inventado.

Además, la ciencia creada por este hombre moderno y contemporáneo — que tiene sus supuestos racionales en los cimientos que implantó la cultura griega — basada en la observación y la experimentación, en la medida y en el cálculo, no podía excluir de su campo al hombre mismo, y, limitada en sus objetivos por la necesidad de comprobación, clasificación y descripción de los fenómenos y en sus métodos por la exigencia de objetividad y legalidad causal, hubo, por fuerza, de considerar al hombre como otro fenómeno, como un objeto o cosa entre las cosas, como un ente natural, sin preocuparse de su raíz óptica ni de su dimensión axiológica. Mas, ciencia y técnica — ya se trate de química, física o sociología — no son un quehacer puro que se justifica en sí mismo; tienden con una fuerza intrínseca ineluctable a la aplicabilidad, a los fines de dominio sobre el contorno. Resulta así de todo ello que el hombre deja de ser un fin en sí mismo para convertirse en un medio, en un objeto que se manipula, se condiciona, se modifica y sobre el que se ejerce un imperio proporcionado por la ciencia y la técnica. Los especialistas que hacen y manejan la ciencia y la técnica son los servidores de estos mecanismos.

Por último, la realidad se nos da como un todo y sólo el arte, tal vez la filosofía, ensayan su captación como tal; pero la ciencia, por defecto ingénito no es capaz de aprehenderla en su conjunto; debe, por esencia

propia, fragmentarla para hacerla comprensible y poder influir sobre ella. Esta parcelación de la realidad, característica de la ciencia, se hace cada vez mayor a medida que progresa el conocimiento, la instrumentación y la técnica. De las ramas originales se desprenden cada día nuevas ramas y no por un afán arbitrario sino por necesidad irresistible inherente a la evolución misma de las ciencias. Ello trae consigo la profusión de la especialización, la creciente profundización con sacrificios del campo de realidad que se abarca.

IV. - Efectos y consecuencias de la especialización:

Es indiscutible el resultado de la especialización sobre el progreso social —según el sentido que da la civilización occidental a la idea de progreso— y en el logro de los niveles más altos de desarrollo económico. Los especialistas que sirven a la ciencia y a la técnica han obtenido cosas asombrosas en el dominio del hombre sobre la naturaleza y han creado impulsos considerables en los cambios sociales, culturales y económicos que han ocurrido en la historia. Los medios de comunicación y de traslado, para citar un lugar común, han empequeñecido al mundo y contribuyen a que el hombre tenga una vivencia universal. Los descubrimientos en el terreno de la medicina prolongan la vida, doblando y hasta triplicando su expectativa en comparación con la del hombre prehistórico o medioeval. Ya no se ven tan lejanas las estrellas y, al parecer, no pasará mucho tiempo sin que el hombre haya dado un salto en el espacio y ponga su planta en otros cuerpos celestes de nuestro Sistema Solar. Los avances arquitectónicos se manifiestan en las grandes concentraciones de población que crecen día a día. La biología se apresta a descubrir el misterio de la iniciación de la vida, y las investigaciones en el campo de la genética hacen presagiar que algún día se podrán modificar a voluntad los portadores de la herencia.

Estos y otros logros, producto de la especialización, de la ciencia, y de la técnica, son de tal calibre que, por una parte, el hombre actual casi ha perdido la facultad del asombro, y por otra, han influido en crear en la mente del hombre contemporáneo una a modo de divinización de la ciencia y de la técnica.

Pero, no sólo opimas cosechas produce la especialización; también ha aparejado consecuencias que meditadas sin prejuicio dejan ver con claridad lo que de ominosas o amenazadoras tienen para el hombre en la dimensión auténtica de éste. Algunas de estas consecuencias han sido ya mencionadas: la microfragmentación de la realidad que fomenta en el especialista la indiferencia hacia otros campos que no son el propio, el desconocimiento de otros sectores de esa realidad, la visión estrechada, la interpretación de los valores en función de estos campos reducidos y la falta de comprensión unitaria y totalizadora del mundo y del hombre mismo. Esta inclinación parcializante es hija de los motivos de interés del especialista, centrados en su radio de acción, y, también del requerimiento apremiante que plantea la especialidad al individuo que la ejerce de dedicarle todo el tiempo hábil y aun el

inhábil para poder estar al día con el rápido desenvolvimiento de los conocimientos y las técnicas.

Este resultado de la especialización, sin duda alguna, se hace más notorio en el terreno de la ciencia y de la técnica; sin embargo, también se da en los oficios y labores de casi todas las personas que componen las actuales sociedades desarrolladas.

Por este camino, a la postre, el hombre viene a ser un extraño en su pequeño o gran mundo, se vuelve ajeno a su acontecer y le es cada vez más difícil comprenderlo, vivir dentro de él en armonía y experimentar simpatía para su suceder.

Más todavía, la especialización ha conducido, por el camino de la ciencia y de la técnica, a inventar artefactos de destrucción tan poderosos que virtualmente podrían extinguir la especie humana en lapso muy breve.

En otro aspecto, la especialización — como antes se dijo — contribuye a la mediatización del hombre, a ubicarlo como cosa entre las cosas, a convertirlo en un medio y a desconectarlo de su contorno natural.

El extrañamiento del mundo que ocurre al especialista se debe en parte a la necesidad en que se ha visto de inventar un lenguaje convencional de signos para su especialidad, indescifrables para el que no esté dentro de ella. Estos signos son día a día más técnicos, más abstractos, de índole matemática en muchas ocasiones y se producen con mayor velocidad de la que la lenta tradición de la lengua va consagrando para el uso general. La intercomunicación humana aparece así, por paradoja, más difícil en la época del cinematógrafo, la radio, la televisión, el rayo Lasser y los satélites.

No nos sería posible analizar el tema de los efectos de la especialización sobre la coherencia social, pero déjese nada más anotar e invitar a la reflexión acerca del tipo y grado de las relaciones humanas y sentido de comunidad que pueda existir en una gran metrópoli donde la especialización es un exponente, y, por contraste, en una pequeña aldea, donde la diferenciación social que determina la ocupación u oficio es muy escasa. Se entiende, claro está, que los fenómenos de coherencia social son mucho más complejos y que no pueden reducirse a cuestión de simple grado de especialización de sus integrantes, pero no es menos cierto que el hecho tiene influencia indiscutible sobre los vínculos entre los hombres y sobre los fines que persiguen las sociedades.

Un ejemplo de esta aseveración lo da la comparación entre la democracia que inventaron los griegos y la que se ejerce en las civilizaciones actuales. En la primera, los ciudadanos de la polis, que vivían principalmente del trabajo de los esclavos, asistían regular y frecuentemente al ágora para participar en las deliberaciones públicas, elegir y ser elegidos para los diferentes cargos, opinar o disentir en todas las cuestiones. En una palabra, el ciudadano tenía vida política muy activa. En las sociedades actuales este poder se ha delegado. El oficio u

ocupación de cada uno no le permite sino de modo indirecto y ocasional la actuación en los asuntos públicos, a no ser que se haga de la cuestión un oficio, una especialidad. Vaya al caso un ejemplo: se planteaba hace poco como asunto de vital interés para Venezuela el problema de la política petrolera, pero ante aspecto tan complejo que presenta ángulos tan diversos que a su vez implican conocimientos profundos de distintas índole, ¿cuántos de los ciudadanos de este país estaban o están en verdadera situación de competencia para asomar opiniones sensatas?

Ante los progresos de la psicología social se han apuntado ya los peligros que para el ejercicio de la democracia representa la aplicación de esta nueva ciencia a la práctica de la política llegándose tal vez al caso de poder imponer a las masas electoras un candidato determinado, tal como se vende un producto, por los recursos de una propaganda científicamente orientada.

V. - La universidad y la especialización:

Desde el comienzo de su nacimiento la universidad se caracterizó por la intención de abarcar en su seno todo el ámbito del saber humano, pero también desde sus inicios dividió en campos separados la dedicación a este saber. Teología, Medicina, Jurisprudencia, fueron los aspectos que interesaron primeramente a los estudiosos de entonces y hasta se dio el caso frecuente de que determinadas universidades se especializaran en materias distintas. Así, por ejemplo, la Universidad de París adquirió reputación por sus estudios de Teología, en tanto que la de Bolonia se distinguió en Jurisprudencia. La especialización dentro de las universidades es, pues, tan antigua como la institución misma.

Más adelante, en la Edad Moderna, la universidad dilata sus predios y acoge las artes, la literatura, la historia y a la ciencia empírica, y sustituye a la Teología por la Filosofía. En la Edad Contemporánea es invadida por la técnica como necesidad imperiosa para el cultivo de la ciencia.

La organización de las universidades de hoy, constituidas por facultades, escuelas, institutos, centros, departamentos, cátedras y secciones, es un reflejo del incremento de la especialización dentro de estas instituciones.

Al lado de las universidades, además, en muchos países, han aparecido otros tipos de instituciones tecnológicas, de estudios aplicados y de desarrollo o perfeccionamiento de nuevas técnicas. Estas instituciones surgen por iniciativa de los Estados o de empresas de carácter privado. Aunque en general hay cierto acuerdo tácito, no existe un claro deslinde entre lo que debe ser preocupación u objeto de la universidad y lo que corresponde a este otro tipo de institutos.

El fenómeno de la especialización sobreabundante y creciente se observa de manera particularmente manifiesta en las universidades de hoy; las listas de diferentes especialidades son abultadísimas y casi cada día

aparece alguna nueva que brota de una rama anterior cuyo desarrollo creó la condición para su división. A la antigua nómina que agrupaba las ciencias de la naturaleza se han venido incorporando — una vez que el hombre se convirtió en cosa entre las cosas, en fenómeno u objeto — las llamadas ciencias sociales o ciencias del hombre. Estas, que también siguen la corriente general de aplicación de resultados, de dominio sobre el mundo, pretenden con insistencia cada vez mayor planificar al hombre, determinarlo totalmente, someterlo a su arbitrio. Los movimientos de socialización que sacuden al mundo reclamando mayor justicia y equidad en la repartición de los frutos del trabajo humano han visto en la ciencia planificadora un excelente aliado y proclaman la “universidad técnica y científica” como un objetivo inapelable.

La universidad de hoy, inserta en este acontecer no puede ni debe escapar a estos movimientos so pena de dar la espalda al presente que la agita y al futuro que espera de ella orientación y guía. No le es posible convertirse en una institución anaacrónica, fuera de su tiempo y de la realidad de su época cientista y tecnológica, pero también está obligada en su otear del porvenir, a descubrir las limitaciones y cercenamientos que al ser auténtico del hombre imponen estas tendencias, a develar los nuevos dogmatismos que se crean con la falta ilusión de que la historia es sólo muestra de un pasado erróneo en marcha hacia un futuro único verdadero, a luchar por el desarrollo de los pueblos y el logro de los niveles materiales que son supuesto de su significación, de su determinación libre y de su realización plena como seres humanos, pero, al mismo tiempo, a combatir la deshumanización y el desarraigamiento del hombre como consecuencia de su incorporación a los más altos estratos del desarrollo socio-económico y de la tecnificación que éste supone.

Si se preguntara por qué la universidad se ocupa de la sociología, de la medicina o de la economía — por no citar sino algunas disciplinas — y no se enseñan e investigan estos campos en institutos tecnológicos debidamente organizados y dotados donde tal vez con mayor eficacia aparente y menor costo podrían emprenderse estas actividades, quizá la respuesta no sea sino una y precisamente aquella que estamos planteando: la universidad posee el horizonte más dilatado en el campo cultural, científico y estético; es la única institución creada por la civilización occidental que encierra la posibilidad de formar al hombre junto al especialista, de proporcionarle los elementos de reflexión para el encaje de su ciencia y de su técnica dentro del conjunto, para la comprensión global y la del papel de su quehacer específico dentro de la empresa histórica que toca a una generación; para la instalación de su propio ser dentro del mundo y para dotarlo del sentido crítico conveniente ante sus propias realizaciones.

Toca ahora mencionar, así sea de pasada, los problemas que confronta la especialización dentro de nuestra Universidad. No nos atrevemos a generalizar a la universidad venezolana las ideas que aquí se exponen,

pero tenemos la sospecha que en mayor o menor grado, la situación que vive la Universidad de Los Andes, es común a todas las otras instituciones similares del país.

Podría decirse que el gran descubrimiento del siglo actual, dominado por un afán absorbente de productividad, rapidez y eficacia, es la planificación. El hombre, único ser que se proyecta conscientemente al futuro, que da sentido a su vida en función de metas, ya como individuo o como grupo humano, hace planes, esto es, se propone objetivos e inventa medios para lograrlos. Esta planificación no siempre ha sido enteramente conciente ni completamente racionalizada; en su racionalización y, diríamos en su científicación, radica la actualidad del concepto. Una característica de los países desarrollados, en contraposición de los que están en vías de desarrollo, consiste, precisamente, en la facultad de planificar de manera racional sus objetivos y los medios para alcanzarlos. Tan importante es el asunto que para nosotros, semi-desarrollados, según la terminología en uso, la planificación se ha convertido en término de moda, en una suerte de “ábrete sésamo” que resuelve todas las dificultades. Lamentablemente el simple enunciado del vocablo no posee — como lo creería la mente ingenua del hombre primitivo — la mágica virtud de crear la situación concreta. Y hasta ahora, en una buena medida, lo que hacemos principalmente con el uso y abuso de la expresión, es invocar quién sabe qué poder mágico que dé solución a nuestros problemas.

La cuestión no es fácil y la universidad padece un mal común a todas las instituciones de países como los nuestros cuyo diagnóstico está en todas las bocas: ausencia o deficiencia de planificación; pero cuyo tratamiento vemos con menos claridad.

Sean cuales fueren las razones, el hecho está ahí. Nuestras universidades no poseen planes concretos, bien estructurados, reales y adecuados; viven en un clima persistente que oscila entre la improvisación y el ensueño romántico, pero se debaten también entre la imagen que van forjándose de una universidad moderna y creadora, y la exigüidad de recursos que tienen a su alcance.

Comprendieron las universidades venezolanas desde hace varios años la necesidad de la formación de especialistas como requisito esencial para afrontar su compromiso con el presente; y no sólo la de los especialistas tradicionales, los que al impacto del progreso técnico y científico casi ya no reciben tal título, sino más específicamente de los especialistas que surgieron en los últimos decenios y los que continúan apareciendo día a día. Nuestra Universidad, particularmente en los últimos doce años, no fue indiferente a esta exigencia primaria. Dentro de sus recursos limitados se dio a la tarea de enviar jóvenes a institutos acreditados del exterior con el fin de formar los cuadros que intuía necesarios para su actividad en el panorama actual. Por ese camino no le bastó a la Universidad tener médicos dentro de sus cuadros profesionales; decidió que requería bioquímicos, farmacólogos, fisiólogos, neurólogos, cardiólogos, nefrólogos, hematólogos y muchos otros más.

Ya no era suficiente poseer ingenieros forestales; había que formar especialistas en suelos, en maderas, botánicos, geógrafos, demógrafos y también había que crear nuevas escuelas e institutos donde proliferó un enjambre de especialistas.

Pero, ¿cuál fue el procedimiento y los motivos inmediatos para esta iniciativa universitaria? Las más de las veces radicarón en ocurrencias circunstanciales, ideas desarticuladas, iniciativas personales u oportunidades casuales, pero pocas en un plan de conjunto y un desarrollo sistematizado. Los especialistas así logrados, unos traídos de fuera, otros enviados al exterior para su formación y, más recientemente, otros pocos formados en nuestro país, vinieron a la Universidad después de haber realizado estudios, con controles poco efectivos, en no pocas ocasiones determinados por los mismos interesados más que por la Institución. Estos profesionales que laboraron en centros organizados de investigación y de docencia traen un bagaje de ideas que quieren actualizar; no encajan dentro de programas elaborados por la Universidad sino que deben hacer sus propios programas y éstos tropiezan con las difícilmente superables condiciones que determinan la anarquía que resulta de planes aditivos, la escasez de presupuestos, la falta de recursos, de personal técnico y auxiliar, de laboratorios y de la institucionalización misma de las actividades especializadas.

Por otra parte, nuestras universidades vuelcan su principal preocupación en la docencia de pre-grado y sólo de modo incipiente, tímido y mal organizado, comienzan a enfocarse otros fines sustanciales de la gestión universitaria, como son la educación de post-grado, la investigación científica y la divulgación. La educación de pre-grado se dirige esencialmente a la formación de profesionales en una etapa todavía elemental, la que, de un lado, no cumple los requisitos de adiestramiento y nivel adecuados para contribuir de manera fundamental al desarrollo del país, y, de otro, acentúa más que nada el interés por las llamadas profesiones liberales produciendo un número relativamente crecido de egresados para los que tal vez muy pronto no habrá suficiente demanda, con las consecuencias de un proletariado profesional que ha costado mucho al Estado venezolano y le da escaso rendimiento.

Esta situación se ve agravada por las circunstancias de la composición demográfica de países como el nuestro, con una elevada proporción de gente joven, y por la escasez de oportunidades de preparación fuera de la Universidad. Tal fenómeno, bien conocido, determina que año a año la cuota de los que aspiran a seguir estudios universitarios se eleva considerablemente y la universidad, que no crece paralelamente en recursos, se ve constreñida a aceptar numerosos contingentes estudiantiles sin que tenga la debida capacidad para educarlos. Las consecuencias no tardan en producirse: aulas abarrotadas, deslizamiento progresivo hacia la enseñanza teórica por la imposibilidad de efectuarla de modo activo y dinámico, memorización de temas, deterioro franco y evidente de los resultados, ineficacia de las inversiones. Las presiones que produce el incremento desproporcionado de los aspirantes y alumnos

lleva a la universidad — que además no siempre tiene ideas claras en este asunto o están matizadas por intereses con frecuencia disímiles a los de la propia institución — a invertir la mayor parte de sus presupuestos en la solución de los tremendos problemas de esta enseñanza de pre-grado, y así, poco queda para la investigación, la educación de post-grado y la contribución al desarrollo de planes de utilidad social.

El especialista cae dentro de esta confusión. Es llevado casi compulsivamente a consumir su tiempo dictando clases, expresando temas, realizando unas pocas prácticas que deben repetirse muchas veces en el año, quedándole un margen muy escaso para llevar adelante los proyectos que forjó individualmente para la plena realización de su especialidad. No pocas veces, al faltar el ambiente indispensable para llevar a cabo sus tareas específicas, busca él mismo este tipo de docencia que lo justifique en una institución donde malamente cabe la actividad de especialización. Pronto sobreviene la frustración, el abandono fácil y, a la postre, la pérdida del entrenamiento y del conocimiento mismo cuando no se actúa en una ciencia que no espera por nadie para seguir un progreso muy rápido, con el que es difícil de marchar hasta en mejores condiciones.

No deben interpretarse estas ideas como queriendo significar que el especialista no debe ocuparse de la enseñanza durante el pre-grado. Por el contrario, a los especialistas toca realizar una tarea fundamental en este nivel de la docencia, pero cuando ella está bien planificada, posee carácter dinámico, se coordina con la docencia de post-grado y la investigación y permite que se realicen armónicamente los objetivos básicos de la institución universitaria.

Es preciso aclarar, además, que dentro de las distintas especialidades existen variaciones considerables que se refieren tanto a su nivel de profundidad y campo de la realidad que abarcan, como a la índole misma de este campo. En una adecuada organización universitaria deben tomarse en cuenta estas diferencias para los programas que se efectúen. La distribución de las labores de docencia en sus distintos aspectos, la investigación, la aplicación a soluciones de problemas actuales de la colectividad y otros fines de carácter universitario variarán también según estas características.

El panorama esbozado antes, por lo que de general tenga no deja de ser menos válido; sin embargo, es alentador el percibir en nuestra Universidad, un poco aquí y otro allá, un movimiento que se orienta progresivamente al cambio de esta penosa situación; un espíritu renovador que ya comienza a dar algunos frutos esporádicos y una mejor comprensión del papel que deben desempeñar estas instituciones en el mundo de hoy en general y en nuestros países en particular.

El feroz individualismo de cada ciencia durante el siglo XIX comienza a romperse en la época actual. A medida que la investigación de la realidad va acercándose a los planos más profundos, las ciencias van percibiendo más claramente la unidad de lo real. Lo que ocurre en

la física y la química, cuyas fronteras se desvanecen en parte, así como entre la físico-química y la biología, va sucediendo también entre la psicología, la sociología y la antropología o entre la geografía y la demografía. La corriente separadora no se ha extinguido ni presumiblemente se extinguirá, pero va emergiendo una necesidad cada vez más imperiosa en la mente de los especialistas, científicos y técnicos, del intercambio, del trabajo de conjunto, de la cooperación, de la comparación de sus resultados parciales. Una especie de supra-mente de equipo se va estableciendo como actitud y posición ante el reto que plantea el estado de la ciencia actual. Esta solución que lucha contra el aislamiento del especialista, dada por la dialéctica misma de la evolución científica y técnica, debe ser aprovechada y fomentada por la universidad, como una de las posibles respuestas a consecuencias deletéreas de la especialización. Con ella el especialista no dejará de serlo en el más mínimo grado, pero se interesará por otros sectores, conocerá mejor su especialidad, extenderá el horizonte de sus motivaciones y se integrará al grupo humano a que pertenece y al que se debe.

A nuestro entender, la universidad, aparte de la inter-relación de los especialistas y la coordinación de sus actividades, tiene otras tareas primordiales para que la especialización rinda los mejores dividendos sin sojuzgar al hombre ni desarraigarlo de sí mismo y de su contorno.

Una se refiere a la cuestión de la programación. La función de las especialidades debe obedecer a un planeamiento general de la institución y al desarrollo de programas bien estudiados y jerarquizados, reales en su posibilidad, sinceros en la decisión de acometerlos, auténticos en el sentido de que correspondan a fines claros y propios de la Universidad y del país. Estos programas no han de ser ideas nebulosas o distantes, iniciativas aisladas o individuales de los especialistas o empresas de un hombre solo o de un pequeño grupo; tienen que nacer y realizarse por razón y acción de la universidad como institución. Los especialistas son parte —fundamental si se quiere— pero no única de estos programas; éstos involucran otros elementos esenciales que es imprescindible prever y organizar: ambientes, medio propicio, normas de trabajo, personal técnico y auxiliar, equipos, etc., para que la actividad de los especialistas no se pierda, ni se agote en estériles esfuerzos, en costosas inversiones sin rendimiento o en distracción hacia otras esferas que no son de su dominio.

Por último, corresponde a la universidad el preservar y rescatar al ser auténtico del hombre como fin en sí mismo y restablecer su señorío sobre sus propias creaciones. Esta empresa, la más erizada de dificultades, compete tanto a la formación de los especialistas como al clima institucional donde laboran, y en ambos casos, la tendencia debe estar orientada a proporcionar la visión de conjunto, el encuadramiento de la función que desempeñan los profesionales universitarios dentro de los ideales y propósitos de la sociedad. El especialista ha de darse cuenta de la limitación de su propio saber, descubrirse a sí mismo y el significado de su humanidad. La ciencia y la técnica a las que sirve

pueden contribuir poderosamente a liberar al hombre, a resolver los desoladores panoramas de hambre, de ignorancia, de miseria y de injusticia que aún campean en este siglo, pero también pueden convertirse en un nuevo fetiche que como un gigantesco Moloch moderno, exija a sus fieles, holocaustos de destrucción atómica.

Como se dijo antes, más fácil es hacer los diagnósticos que tratar los males. La universidad sola no puede modificar el subsuelo socio-cultural en que está sembrada y que influye poderosamente sobre su especial modo de ser en el momento histórico que se considere. Pero la universidad, más que otras instituciones, por cuanto ella es el hontanar de donde brotan las mejores fuerzas vivificadoras de un país, tiene la misión ineludible de fijar rumbos, de instar cambios y de preparar para el futuro las nuevas generaciones.

